

Bienvenido nuevo gobierno: futuro con esperanza

El gobierno de Boric llega a su fin dejando un balance ampliamente negativo y decepcionante para la mayoría ciudadana. El diagnóstico ya está hecho, puede todavía empeorar. Lo relevante ahora es mirar hacia adelante. La llegada del nuevo gobierno abre una oportunidad que el país necesita con urgencia: recuperar la capacidad y probidad de las instituciones para enfrentar los problemas reales de las personas y restablecer un horizonte de estabilidad y progreso.

La primera de esas urgencias es la seguridad. El avance del crimen organizado, la expansión del narcotráfico y episodios de violencia cada vez más frecuentes han erosionado una de las fortalezas históricas del país: el orden y la tranquilidad en la vida cotidiana. Restablecer la vigencia efectiva del Estado de Derecho es una condición básica para la convivencia social.

El segundo desafío es económico. Chile necesita volver a crecer con fuerza. El crecimiento es el fundamento material del bienestar social. Sin inversión, productividad y dinamismo económico, las promesas de progreso terminan siendo inevitables frustraciones. La tarea del nuevo gobierno será retejer un clima de confianza que permita movilizar inversión, reactivar la capacidad emprendedora y generar empleo forma.

La inmigración irregular constituye otro reto que exige respuestas firmes y responsables. Un país abierto al mundo debe ser también uno capaz de ordenar sus fronteras y establecer reglas claras. La ausencia de control no solo tensiona las capacidades del Estado, sino que termina afectando tanto a las comunidades locales como a los propios migrantes.

Pero un gobierno que aspira a encauzar al país no puede limitarse a enfrentar las urgencias más visibles. Debe abordar con realismo y determinación otras demandas sociales no satisfechas. La presión sobre el sistema de salud, las brechas persistentes en educación y el déficit habitacional requieren políticas públicas serias y orientadas a resultados concretos.

Junto con ello, Chile necesita mirar más lejos. El desarrollo científico y tecnológico se ha convertido en un factor decisivo para la competitividad de los países. Fortalecer la investigación, impulsar la innovación y vincular el conocimiento con el desarrollo productivo permitirá proyectar al país hacia una economía más sofisticada y resiliente.

Pero, el camino no estará exento de riesgos. Existe el peligro de que sectores de izquierda más radicales vuelvan a apostar por la presión en la calle como mecanismo de desestabilización, alentando protestas, conflictividad e incluso episodios de violencia.

El esfuerzo del nuevo gobierno será doble: enfrentar las urgencias del presente y, al mismo tiempo, preservar la estabilidad institucional que permite que las transformaciones se consoliden en el tiempo. Si el país logra combinar orden, crecimiento, progreso social y una mirada estratégica hacia el futuro, esta nueva etapa política podría ser el inicio de una recuperación nacional de largo aliento. Esa es la esperanza.

Álvaro Pezoa YA Director Centro Ética y Sostenibilidad Empresarial, ESE Business School. U Los andes

Opinión

Edición papel digital

El cuidado y la participación laboral femenina

Carmen Cifuentes
Investigador, Clapes, UC



La situación laboral de las mujeres en Chile ha tenido avances relevantes en las últimas décadas. La participación laboral de las mujeres entre 15-64 años aumentó desde 52% en 2010 a 63% en la actualidad, mientras la brecha de género en participación se redujo desde 27 a 16 puntos porcentuales. Sin embargo, el avance es insuficiente. Seguimos por debajo del promedio OCDE tanto en participación femenina como en igualdad de género.

Cuando miramos las razones detrás de esta brecha, el patrón es claro. Más de un cuarto de las mujeres no participa del mercado laboral por "razones familiares permanentes", asociadas al cuidado de terceros; entre los hombres esa proporción no alcanza el 3%. Por ello, la diferencia en participación se amplía en hogares con hijos pequeños, donde la brecha es de 30 puntos porcentuales.

El cuidado aparece nuevamente como factor central. Según el INE, las mujeres destinan 22% del día al trabajo no remunerado, frente a 9,9% de los hombres, y cerca del 70% de quienes cuidan personas dependientes en el hogar son mujeres. No solo dedican más tiempo; asumen la responsabilidad principal. Este patrón se observa en la mayoría de los países, incluso en economías desarrolladas.

Los cuidados están feminizados, y ello no responde sólo a factores culturales, sino también a incentivos económicos. Ya en los años 80 Gary Becker planteaba que los hogares tienden a especializarse según ventajas comparativas. Si el mercado remunera mejor a los hombres, el hogar tiene incentivos a asignar a la mujer más tiempo al cuidado. Esa especialización inicial termina reproduciendo la brecha salarial y se suma a la conocida "penalización por maternidad", donde tras el primer hijo los ingresos femeninos caen de forma persistente.

Muchas mujeres quedan fuera del mercado laboral por falta de opciones de cuidado infantil y políticas de corresponsabilidad, pero la buena noticia es que la política pública puede marcar diferencias. El programa "4 a 7", que ofrece cuidado a niños después de la jornada escolar, elevó la participación femenina en 7 puntos porcentuales. Asimismo, la evidencia comparada muestra que mayores inversiones en cuidado infantil y licencias parentales bien diseñadas se asocian con más mujeres trabajando.

Por eso, el debate público no puede seguir avanzando con ambivalencias. Fortalecer los servicios de cuidado y las políticas de corresponsabilidad debe ser parte central de una agenda pro-equidad, pero es también el pilar de una agenda de crecimiento robusta: una mayor participación femenina implica más ingresos, más cotizaciones y un mayor PIB potencial.

"Desfeminizar" los cuidados e impulsar la inserción laboral femenina no es solo tarea del Estado. Es un desafío que interpela a toda la sociedad. No se trata de restar valor al acto de cuidar, sino de reconocer que sostener la vida es una responsabilidad colectiva y una condición para el desarrollo. Mientras el cuidado siga entendiéndose como una obligación de las mujeres, los avances laborales serán parciales y las brechas persistirán.

Bienvenido nuevo gobierno: futuro con esperanza

Álvaro Pezoa
Director Centro Ética y Sostenibilidad Empresarial, ESE Business School, U Los Andes



El gobierno de Boric llega a su fin dejando un balance ampliamente negativo y decepcionante para la mayoría ciudadana. El diagnóstico ya está hecho, puede todavía empeorar. Lo relevante ahora es mirar hacia adelante.

La llegada del nuevo gobierno abre una oportunidad que el país necesita con urgencia: recuperar la capacidad y probidad de las instituciones para enfrentar los problemas reales de las personas y restablecer un horizonte de estabilidad y progreso.

La primera de esas urgencias es la seguridad. El avance del crimen organizado, la expansión del narcotráfico y episodios de violencia cada vez más frecuentes han erosionado una de las fortalezas históricas del país: el orden y la tranquilidad en la vida cotidiana. Restablecer la vigencia efectiva del Estado de Derecho es una condición básica para la convivencia social.

El segundo desafío es económico. Chile necesita volver a crecer con fuerza. El crecimiento es el fundamento material del bienestar social. Sin inversión, productividad y dinamismo económico, las promesas de progreso terminan siendo inevitables frustraciones. La tarea del nuevo gobierno será reelevar un clima de confianza que permita movilizar inversión, reactivar la capacidad emprendedora y generar empleo forma.

La inmigración irregular constituye otro reto que exige respuestas firmes y responsables. Un país abierto al mundo debe ser también uno capaz de ordenar sus fronteras y establecer reglas claras. La ausencia de control no solo tensiona las capacidades del Estado, sino que termina afectando tanto a las comunidades locales como a los propios migrantes.

Pero un gobierno que aspira a encauzar al país no puede limitarse a enfrentar las urgencias más visibles. Debe abordar con realismo y determinación otras demandas sociales no satisfechas. La presión sobre el sistema de salud, las brechas persistentes en educación y el déficit habitacional requieren políticas públicas serias y orientadas a resultados concretos.

Junto con ello, Chile necesita mirar más lejos. El desarrollo científico y tecnológico se ha convertido en un factor decisivo para la competitividad de los países. Fortalecer la investigación, impulsar la innovación y vincular el conocimiento con el desarrollo productivo permitirá proyectar al país hacia una economía más sofisticada y resiliente.

Pero, el camino no estará exento de riesgos. Existe el peligro de que sectores de izquierda más radicales vuelvan a apostar por la presión en la calle como mecanismo de desestabilización, alentando protestas, conflictividad e incluso episodios de violencia.

El esfuerzo del nuevo gobierno será doble: enfrentar las urgencias del presente y, al mismo tiempo, preservar la estabilidad institucional que permite que las transformaciones se consoliden en el tiempo. Si el país logra combinar orden, crecimiento, progreso social y una mirada estratégica hacia el futuro, esta nueva etapa política podría ser el inicio de una recuperación nacional de largo aliento. Esa es la esperanza.

LT latercera.com

Declaración de Intereses en
www.gruposopos.cl/declaracion
Impreso en Santiago por Copesa S.A.

Atención a suscriptores
en su correo virtual
lt@nuestrovirtual.latercera.com



SANTIAGO DE CHILE |
AÑO 77

SU OPINIÓN IMPORTA

Envíe sus opiniones al contenido o
cobertura del diario a:
lectores@latercera.com

Envíe sus cartas, con una extensión
máxima de 1400 caracteres con
espacios a:

lt@nuestrovirtual.latercera.com

o: Avenida Apoquindo 4660, Santiago.
La Tercera se reserva el derecho a editar los
textos ajustados conforme a sus estándares
editoriales, en particular respecto a la
exigencia de un lenguaje respetuoso y sin
discriminaciones. Las cartas recibidas no
son devueltas.

ESPACIO ABIERTO

Bajo la sombra de Irán

Javier Sajuria
Profesor Ciencia Política,
Queen Mary University of
London



Corría el año 2003 y EE.UU. buscaba la aprobación en el Consejo de Seguridad de la ONU para invadir Irak. El Presidente Bush argumentó que el régimen de Hussein tenía armas de destrucción masiva y que era imperativo derrocarlo. Lo que siguió es conocido: nunca se encontraron esas armas. A la deposición del régimen, le siguió la invasión de EE.UU., y casi una década de guerra civil. El corolario fue trágico y traumático: el surgimiento de ISIS y su reinado de terror por seis años. Paradójicamente, en ese entonces, Donald Trump criticaba la guerra argumentando que su

país tenía un pésimo récord en lograr cambiar regímenes totalitarios.

En esos mismos años, Chile ocupaba uno de los sillones del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. El Presidente Lagos decidió que el país votara en contra de autorizar la invasión de Irak, basado en que la evidencia de las armas de destrucción masiva no era concluyente (tenía razón), y que la solución al conflicto tenía que ser una vía multilateral y negociada en vez de una invasión sin mayores pronósticos de éxito (tenía aún más razón). El Presidente Bush no estaba para nada contento. No sólo llamó a Lagos para tratar de convencerlo, sino que amenazó con cerrar las negociaciones que se estaban dando en el marco del Tratado de Libre Comercio entre ambos países. Al igual que ahora, EE.UU. decidió ocupar armas de presión cercanas al bullying. A diferencia de lo que pareciera venir en los próximos cuatro años, Chile contaba con un Presidente que estaba dispuesto a defender los principios básicos del derecho internacional y de la soberanía nacional, por sobre los intereses de una superpotencia.

Ni el régimen opresor de Irán, ni el de Irak bajo Hussein merecen defensa. Bajo el

mandato de Ali Khamenei, Irán se convirtió en un actor destructivo en la región. Ateña constantemente contra los derechos de sus ciudadanos, además de financiar acciones y agrupaciones terroristas en otros países, con un foco abiertamente antisemita. Pero eso no nos obliga a elegir entre un régimen totalitario o una guerra injustificable. Al igual que a inicios de 2003, no existe suficiente evidencia de que Irán haya alcanzado el potencial nuclear que, según EE.UU. e Israel, justifica los bombardeos. Por otro lado, el récord en cambios de régimen a manos de EE.UU. es paupérrimo. Si algo nos enseña la invasión de Irak es que la democracia y el respeto a los DD.HH. no se imponen a punta de misiles.

Para Chile, un país con poco peso internacional, y extremadamente tensionado por sus compromisos comerciales, la tarea no es simple. Sin embargo, a diferencia de 2003, el gobierno que comienza el 11 de marzo parece haber decidido, junto a Argentina, Paraguay, El Salvador y Ecuador, asumir el papel de subordinados de los EE.UU. Y con ello, callar ante una guerra indefinida, nacida desde la irresponsabilidad y el poco interés sobre sus consecuencias.